





El mosquito

Diego Merino



Título: El mosquito

Primera edición: abril, 2026

© 2026, del texto Diego Merino.

© 2026, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de cubierta: Platero Coolbooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

Depósito legal: SE 1878-2026

ISBN: 979-13-88290-03-9

*Al barro. Y a todo aquel que lo vive, soportando día tras día
el peso y el polvo. Las peores peleas son las que no se eligen.*



Índice

I.....	9
II.....	13
III.....	17
IV.....	21
V.....	25
VI.....	27
VII.....	33
VIII.....	39
IX.....	43
X.....	47
XI.....	51
XII.....	59
XIII.....	65
XIV.....	69
XV.....	73
XVI.....	79
XVII.....	85
XVIII.....	89
XIX.....	95
XX.....	99
XXI.....	105
XXII.....	109
XXIII.....	117
XXIV.....	123
XXV.....	127
XXVI.....	133

XXVII.....	137
XXVIII	143
XXIX	149
XXX.....	165
XXXI	171
XXXII.....	177
XXXIII	183
XXXIV	191
XXXV.....	195

I

¿Qué? ¿Va en serio? Joder, esa es una buena pregunta. No sé por dónde empezar. Me has pillado desprevenido. No todos los días puedo hablar de mí, aunque a veces hablo conmigo mismo. Supongo que ya estoy medio loco. Ehh... ¿Qué quieres saber? Puedo contarte cómo han sido mis últimos meses; ya te lo adelanto que no muy buenos. O mi año, así, en general. Nah, tampoco ha sido la gran cosa. Supongo que tiraré de cliché. Al fin y al cabo, lo mejor es empezar por el principio, ¿no? Ahora bien, te aviso: suelo irme por las ramas y enrollarme como una persiana, luego no te quejes. Has empezado tú.

Nacido y criado en esta misma ciudad; en la soleada, demasiado soleada para mi gusto, capital del sur. Los primeros recuerdos que tengo son gateando por algún pasillo oscuro y borroso. La cara de una vieja, sus arrugas y algunas rodillas. Nada del otro mundo. De pequeño me crie en un barrio pobre cerca del centro, pero, un par de años más tarde, mis padres se mudaron a otro mejor, más pegado a las afueras. Y allí he pasado toda la vida, o lo que llevo de esta. Hace solo poco cumplí veintiuno, pero la gente suele echarme más; hasta tres o cuatro años.

Siempre fui un niño inquieto, y, al mismo tiempo, un poco reservado. Supongo que es porque había muchas cosas que me aburrían y por ser hijo único. Fui a un colegio público como el que más. A mis padres no les sobraba el dinero, aunque tampoco pasábamos hambre. Mi padre trabajaba en

Correos, haciendo no sé qué de unas fotocopias, nunca me he enterado bien, y mi madre de profesora de guardería. Él ahora acaba de jubilarse y a mi madre, que es más joven, aún le quedan unos cuantos años.

En el colegio, al principio, estaba solo. Me sentaba solo, comía solo, jugaba solo. Por eso, a veces, durante el recreo, me quedaba en alguna clase vacía para leer algo o dormir. Siempre he tenido la mala costumbre de dormirme en clase. Un día, un profesor me llamó la atención e intentó integrarme en un grupo de niños. No era mal gesto, y lo hacía de buena fe, pero no funcionó. Los niños son unas de las personas más crueles y sádicas que he visto. Se ríen de ti, te insultan y se mofan de la forma más retorcida que sus diminutos cerebros pueden llegar a imaginar. Que les den a ellos y sus sociedades tribales en miniatura.

Siempre hay un jefe. El que dice qué es gracioso y qué no. Un niño, a menudo, consentido y arrogante que ejerce el papel de juez, jurado y verdugo. Un niño que, cuando crezca, será un adulto insoportable e imbécil; que no dará un palo al agua, pero presumirá de cochazo y reloj que, por supuesto, le han pagado sus padres. Un niño que cree que se lo merece todo por el simple hecho de ser él, y si no lo consigue es capaz de mentir, engañar, manipular y chantajear a quien haga falta. Todo un ejemplo a seguir.

Le sigue su séquito de secuaces. Suelen ser dos o tres niños enclenques que le ríen las gracias al jefe y no tienen personalidad propia. Se conforman con pertenecer a un grupo y hacen lo que sea necesario para estar en uno, gastando las bromas más pesadas e insufribles con tal de pasar algún tipo de prueba imaginaria que se autoimponen. Tienen un miedo atroz a ser rechazado: necesitan la confianza de otras personas para reafirmar su autoestima. Son como esos pájaros que se posan encima de los cocodrilos y le limpian los dientes de carroña. Hay que ser sinceros, todos hemos sido un poco así en algún momento. Queríamos ser amigo de

alguien y hemos hecho tonterías, es normal. Lo importante es que podamos tener nuestro propio criterio, que podamos pensar por nosotros mismos y no ser uno de esos parásitos sociales de dientes largos, mentón prominente y risa agudamente desagradable. Y sí, pienso en alguien en concreto.

Y ya, por último, estamos los parias. Me incluyo en esta categoría porque así ha sido casi siempre. Éramos objeto de burlas y novatadas por una razón o por la otra. Por ser callado, por llevar aparato prematuro, por vestir con ropa vieja, por estudiar demasiado, por estudiar demasiado poco, etcétera. A decir verdad, cualquier excusa era buena para joderle el día a un niño que no molestaba a nadie y echarse unas risas a su costa. Y no entro en temas como color de piel o religión, que ya nos sabemos la respuesta. Casi siempre, los parias acabamos haciéndonos amigos entre nosotros porque no hay más gente a la que recurrir o por el hecho de entendernos bien el uno al otro, o eso quiero pensar. Yo era uno y mis futuros amigos serían otros tres. Un grupo de cuatro bichos raros cada uno más atípico que el anterior, personas a las que he considerado hermanos gran parte de mi vida.



II

Estaba en primaria todavía, no recuerdo qué curso, cuando llegó un niño nuevo a mi clase. Yo me sentaba en los pupitres de atrás y en las esquinas, para no llamar mucho la atención. A él ni lo presentaron, en parte, porque ya estábamos a mitad de curso y porque los profesores de mi escuela eran unos imbéciles. Únicamente se limitaron a decir: «tenéis un compañero nuevo. Hacedle sitio», y se acabó. Cruzó el pasillo del aula y se sentó en una mesa a mi lado. No éramos muy habladores, quizá por eso acabamos llevándonos bien. Un día, en el recreo, mientras desayunaba, se acercó a mí. Yo estaba sentado en el suelo, apoyando la espalda contra un muro de hormigón, en un patio de tierra seca y unos olivos mustios. Me saludó.

—Hola.

—Hola —respondí de vuelta.

—¿Puedo sentarme contigo?

—Claro.

—¿No juegas al fútbol con los demás?

—No me gusta el fútbol.

—Ni a mí.

Yo seguí comiendo mi bocadillo en silencio y él sacó un paquete de galletas de chocolate.

—¿Me das una? —pregunté.

—Sí, toma.

Eran galletas de marca blanca, pero estaban buenas. Me di cuenta de que tenía en la mochila un estuche de Spiderman.

—A mí también me gustan los superhéroes.

—¿En serio? —dijo con grata sorpresa.

—Sí, me gusta la serie de *Spiderman* de dibujos que ponen por las mañanas.

—A mí también, pero la echan entre semana y estamos aquí atrapados.

Me fijé en que para ser un crío de ocho o nueve años hablaba con mucha soltura y fluidez.

—¿Cómo te llamas? —Quise saber.

—Damián. ¿Y tú?

—Antonio. Yo también tenía un estuche como el tuyo, pero unos niños me lo quitaron y lo rompieron. Ahora uso uno negro y viejo.

—Vaya... Lo siento. ¿De qué era?

—De *Bola de Dragón*. ¿A ti te gusta?

—He visto episodios sueltos. No está mal.

—A mí me gusta. Los combates son muy guays.

—¿Sabes quiénes te lo hicieron?

—Pues los que están jugando al fútbol.

A partir de ese momento nos hicimos amigos. En clase nos sentábamos juntos y hacíamos todos los trabajos. Pasábamos el tiempo charlando de cómics y series. A decir verdad, no éramos tan callados, solo que no teníamos a nadie con quien hablar. Le conté las cosas malas que me habían hecho los demás niños y él me contó que dejó su anterior colegio porque le hacían la vida imposible. Era un niño listo, que sacaba buenas notas, educado y le gustaba leer; pues claro que se iban a meter con él. Por eso mismo no tenía muchos amigos. Y amigas, bueno, a esa edad era casi imposible. Nos veían como bichos raros, como una especie de trasgos que salían de su cueva para buscar comida. Las niñas eran insoportables, con una pomposidad, una falsa modestia y una generosidad envenenada que muchas veces te ponían en situaciones vergonzosas. Las bromas de los mocosos eran pesadas y casi siempre te llevabas un golpe en la cara.

Eran bromas físicas y primarias, pero las de las niñas eran peores, retorcidas y metales. Como, por ejemplo, inventar rumores sobre que te gusta alguien, o decir que hueles mal y convencer al resto de la clase para que sigan el rollo, o llamarte guapo o mono y luego feo y asqueroso delante de sus amigas. Jugaban con tu autoestima y la destruían lentamente. Eran sanguijuelas con falda.

Damián y yo pasábamos mucho tiempo juntos y empecé a ir a su casa. Resultó ser mi vecino calle abajo, quién me lo iba a decir. Su casa era mejor que la mía. No sé si por la decoración o porque estaba más limpia. Sus muebles parecían modernos, de diseño o algo, tampoco soy interiorista, y los míos, en cambio, eran de mis abuelos, viejos y de madera chirriante. Quizá fuera porque era un niño con la percepción de las cosas distorsionada, pero tuve esa sensación. Lo primero en lo que me fijé fue en su televisor; una tele enorme y de alta definición, ahora estará obsoleta. Tenía varias consolas y muchos videojuegos y jugábamos tardes enteras. Me daba envidia. Yo solo tenía un par de juegos y los exprimía tanto que me sabía sus errores y dónde dejaban de funcionar. Su habitación estaba llena de libros y cómics, con algunos pósteres en la pared y figuritas en las estanterías. Era, sin duda, la habitación de un friki. Sin embargo, me sentí cómodo, porque yo era otro, aunque tuviera muchas menos cosas.

Damián también demostró cierto egocentrismo. Solía intentar quedar mejor que yo en varios aspectos, sea jugando o hablando de lo que sea. Tenía muy mal perder y a veces le dejaba ganar para que se callara, si no me daba el día. No obstante, lo hacía de forma inconsciente. Sus padres lo criaban así, enseñándole a sobresalir por encima de los demás, sin remordimiento e incansablemente, y si había que pisotear a alguien se hacía, porque de no hacerlo no llegaría a nada en la vida. Una educación muy sana para un niño, nótese la ironía. Damián no quería hacer daño a nadie,

después de nuestras discusiones se sentía un poco mal y me pedía perdón.

Su padre trabajaba en algo de administración de empresas y ganaba un buen dinero, y su madre era abogada. Por aquel entonces, ella estaba de baja por maternidad; recientemente había tenido un bebé. Damián ahora tenía un hermano pequeño. Muchos años más tarde me dijo que sus padres querían un tercer hijo, pero su madre tuvo cáncer de ovarios y quedó estéril.

Su madre amaba su trabajo (eso o era adicta a él) y se ponía nerviosa si no tenía papeles por delante, y aun con un recién nacido en casa volvió a la oficina lo antes posible. Contrató a una niñera, una muchacha joven, guapa e inmigrante. Creo que era mexicana o colombiana. Rosalinda se llamaba. Estaba a tiempo completo, casi interina. De hecho, depende del día en el que me preguntes, me arriesgaría a decir que también pudo hacer de nodriza. Pero eso ya son locuras mías. Lo cierto es que fue un niño desatendido por sus padres. Damián también cuidaba de él y le cogió cariño, a diferencia de lo que se pueda pensar de los hermanos recién nacidos.

III

En la escuela, Damián y yo íbamos a nuestro propio ritmo. Nos seguimos sentando al fondo de las clases y no prestábamos atención. Nos tirábamos charlando en voz baja en todas las materias. Comencé a suspender, a diferencia de él, simplemente porque él estudiaba y yo no. Nunca me ha gustado. Aunque, a decir verdad, ¿a quién le gusta? Se me daba y sigue dando fatal. Y nunca llego a entender casi nada de lo que leo y más con esos textos kilométricos de los libros. Me aburre y me provoca el sueño, y si me resisto a dormirme, me salen migrañas. Soy un poco inútil.

El hecho de estar siempre de cháchara nos hizo meter-nos más de una vez en problemas. Al principio, nos regañaban y nos amenazaban con llevarnos al jefe de estudios. Luego, empezamos a saltarnos clases y a escaparnos. A Damián no le hacía mucha gracia, pero yo insistía. Nunca nos pillaron, hasta que lo hicieron. Nos castigaron en una clase hasta tarde y dijeron que el mismo director nos echaría una buena reprimenda. No pasó. El director era un gañán y un vago que nunca estaba en la escuela. Solo iba a hacer acto de presencia y a recoger su sueldo muy bien pagado; los niños o la educación eran solo un adorno para él, como muchos otros profesores que he tenido. No sé cuántas veces he escuchado la frase: «aprendáis o no, yo cobro igual». Una vez me dieron muchas ganas de decir: «pues cobra y cállate la boca», pero me lo guardé.

Ya eran pasadas las tres de la tarde, y nuestros padres

también nos echarían una bronca por llegar tan tarde, al menos los míos. En la sala de castigo solo estábamos yo, Damián y otro crío con aspecto desaliñado. Salimos de la clase y no se veía a nadie; agarramos nuestras mochilas y nos fuimos lo más rápido posible. Todos los profesores, hasta el conserje, ya se habían ido. No quedaba nadie, nos habían olvidado por completo. Cuando salimos al patio para ir a la entrada, escuchamos unos ruidos. Venían de la pista de fútbol. Le dije a Damián que fuéramos a mirar. Él se negó.

—Venga, no seas *cagao* —le dije.

—Ya es muy tarde, vámonos ya.

—¿No te da curiosidad? Miramos rápido y nos vamos, ¿vale?

—Vale...

Dimos la vuelta al edificio y giramos en la esquina, llegando a la pista. Era un campo de fútbol cutre. Pequeño, desgastado, de piedra y hormigón grisáceo con manchas de polvo, restos de comida y chicles pisados. Las porterías no tenían red, el acero estaba oxidándose, no quedaba rastro de la pintura original y las marcas del suelo se habían borrado casi por completo. Los ruidos cada vez se oían mejor a medida que avanzábamos. Eran voces y algún jadeo cortado. Cuando tuvimos mejor visión nos dimos cuenta de que en una esquina del campo, a la sombra de un olivo seco, cuatro niños estaban pegando a un quinto la paliza de su vida.

—Será mejor que nos vayamos. No quiero probl... —dijo Damián, pero le interrumpí.

—¡Ehh! ¿Pero qué hacéis?!

Tiré la mochila al suelo, fui corriendo hacia ellos y, sin pensármelo dos veces, le metí un puñetazo en la boca al que estaba pegando. Cómo no, era un jefe y los demás sus secuaces, miraban y agarraban al pobre chiquillo. Entonces se volvieron hacia mí y comenzaron a pegarme. El chaval que estaba recibiendo también empezó a repartir, pero de muy mala forma, se notaba que no sabía pegar. Me agarraron por

los brazos y me golpearon el vientre, pero me defendí dando patadas a diestro y siniestro. El chaval intercambiaba hostias con otro de los matones. Le grité a Damián para que nos ayudara, y con mucha duda y miedo cogió un palo grueso del suelo y le pegó fuerte en la pierna al jefe, haciendo que me soltaran. Aquello era una pelea salvaje. A puño limpio. Sin normas ni reglas. Violencia en su estado más primitivo. Una exhibición vulgar de fuerza simiesca.

Al final, el cansancio pudo conmigo y me vi con la guardia baja, dando la bienvenida a un puñetazo en la nariz. La sangre me caía por la cara y toqué el suelo con la espalda. Fue una derrota, o lo hubiera sido de no ser porque, de pronto, se sumó a nuestras filas el niño desaliñado de la clase de castigo. Este sacó una navaja del bolsillo y los amenazó.

—¡Que os rajo, cabrones! —soltó con voz firme y nasal.

Los niños al ver el cuchillo y estar en igualdad de condiciones (cuatro contra cuatro) se largaron echando leches. Se guardó la navaja y me ofreció la mano para levantarme, y se la acepté.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó.

—Esos... Le estaban pegando... —dije jadeando y señalando al chaval.

—Gracias... Me llamo José Ángel.

—Yo Antonio, y ese de ahí es Damián.

—Hola... Vaya golpe me han dado. Verás cuando se enteren mi madre.

—Yo soy Raúl. Menos mal que me he traído la navaja.

—Gracias. ¿Qué hacías castigado? —le pregunté.

—Los profes me pillaron quemando basura.

—¿Y por qué quemabas basura?

—Quería meterla en un hormiguero que hay por aquí detrás. Iba a intentarlo de nuevo cuando escuché los gritos. ¿Estáis bien?

—De momento —señaló Damián—. Vámonos ya, tengo hambre.

—Es verdad. Venga. —Cogí mis cosas y los cuatro nos dirigimos a la puerta—. ¿Por qué te pegaban, José Ángel?

—No sé. Creo que no les gusto.

—Eso está claro —dijo Raúl—. Pero no os preocupéis, si estamos juntos no pueden hacernos nada.

Esa frase se grabó en mi mente. Raúl me inspiraba confianza y tranquilidad. En ese momento supe que nos llevaríamos bien. La sangre de mi cara sería el marco de ese recuerdo, y a pesar de la pelea y la bronca que me cayó luego, lo considero un buen recuerdo. Por ser la primera de muchas de mis peleas y por ser el inicio de muchos años buenos. Dato curioso: esos mamones con los que nos pegamos fueron los mismos que me rompieron el estuche. Llámalo venganza o justicia poética o como quieras, pero me gustó partirles la cara. Ya no volvieron a molestar.

IV

Poco a poco, los cuatro fuimos conociéndonos mejor. Raúl estaba un poco sonado; un cabeza loca. Siempre estaba metiéndose en algún lío, saltándose clases o quemando algo. Le gustaba mucho quemar cosas. Curioso por naturaleza, él me enseñó que colarse en sitios abandonados debería ser deporte olímpico. Cogía los insectos con la mano, algo que a mí siempre me ha dado mucho asco, y luego les ponía nombre; como Perico y cosas así. Siempre tuvo un aspecto un poco andrajoso. La cabeza rapada, ropa vieja y desgastada, malhablado. Ya de niño decía palabrotas. Muy sincero, a veces casi demasiado. Sus opiniones a menudo eran motivo de discusiones, sobre todo entre él y Damián. No le tenía miedo a nadie ni a nada en general, no por valentía, sino por temeridad. No pensaba mucho las cosas y se lanzaba de cabeza al peligro, error que yo también he cometido algunas veces, pero a su estilo era inteligente. Tenía una gran intuición, sabía leer a la gente y ser amable con quien se lo merecía. En el fondo, era una persona sensible con motivaciones y temores, pero nunca los compartía. Honrado, generoso y justo. Un tío de los que escasean. Una *rara avis* en un mundo donde las cosas son o blanco o negro. Él vino a ser gris.

Por otro lado, José Ángel era un tipo simplón. Hablaba con palabras cortas y usaba siempre las mismas. Solía vestir con chándal o ropa de deporte, verlo con un vaquero era todo un acontecimiento. Era un tío tranquilo, imperturbable. Como si fuera la misma personificación de un perezoso

agarrado impasible a la rama de su árbol. Siendo sinceros, no era muy espabilado. Un poco cortito. Al pobre no le daba para más. Era ignorante en muchas cosas y, al leer en voz alta, iba muy lento y parándose en cada frase. De hecho, nos cachondeábamos de él. Éramos un poco cabrones, pero solo había que oírlo y te entraba la risa, y nunca lo hacíamos a malas, para que conste. Por ejemplo, una vez recuerdo que estábamos comiendo el bocadillo del recreo, sentados en una escalera a la sombra de un árbol, cuando nos soltó una perlitita de sabiduría.

—Oye, ¿cómo suena el africano?

—¿Que qué? —Me pilló por sorpresa.

—Ya sabes, lo que hablan en África.

—¿Pero qué dices? —preguntó Damián—. El africano no existe.

—¿Que no de qué? ¿Y entonces qué hablan en el país?

—¡Ja, ja, ja! —Raúl se partió de risa—. Mamona, que África es un continente.

—Ja, ja, ja, ja. —No pude aguantarme la risa.

—No entiendo.

—Ja, ja. Vamos a ver, África es un continente donde hay muchos países. Eso del africano te lo acabas de inventar tú solo —explicó Damián.

—¿Pero en esos países qué se habla?

—Pues en algunos inglés, francés o lenguas locales derivadas de alguna tribu. En uno creo que se habla español.

—¿Sí o qué?

—De verdad.

—Ah. Pues vaya —dijo decepcionado.

—¡Hay que estudiar más, Jota! ¡Que haces el tonto! —exclamó Raúl.

Estuvimos un buen rato riéndonos y acabó por reírse con nosotros. Destacaba por su buen corazón, su compasión e inocencia. Le encantaban los animales y eso que no tenía mascotas. Cuando veía un perro o un gato por la